
Deutscher, Guy

El prisma del lenguaje: cómo las palabras colorean el mundo. Trad. Manuel Talens. Barcelona: Ariel, 2011. 344 pp. (ISBN: 978-84-344-6969-3)

En el terreno de la filosofía y la lingüística es muy conocido el estudio o relaciones que se establecen entre el lenguaje y el pensamiento, así sobre cómo repercuten en la cultura o, por el contrario, cómo es que la cultura puede modificar el lenguaje y pensamiento. Sobre estos planteamientos se ha discutido qué lengua es superior a otra y, por ende, qué cultura es más racional que el resto de culturas existentes a lo largo de la historia de la humanidad, además de si realmente el lenguaje es una pura convención o si se consolida en la mente como un sistema de conocimiento único.

Con una gran capacidad sintética, en el texto de Guy Deutscher, *El prisma del lenguaje*, encontraremos un análisis crítico de cómo nuestra lengua parcela la realidad. Con aguda ironía, como se mostraba en *The Unfolding of language* (2005), se revisa si la lengua es producto de cada cultura o si existen preceptos universales que configuren a todas las lenguas que existen.

En la primera parte, “El lenguaje como espejo” (37-113), se lleva a cabo un primer análisis centrado en

los colores, los sustantivos con los que los mencionamos, y la razón por la cual nombramos así a sus referentes y no de otro modo. Deutscher comienza con un repaso historiográfico sobre los primeros estudios ingleses decimonónicos que estudiaron dichas cuestiones: si se resuelve volver sobre los textos homéricos clásicos, se puede deducir que los antiguos griegos poseen un defecto visual que les hace ver su mundo como algo lleno de oscuros y claros. Desde el punto de vista científico del siglo XIX, la evolución permitiría que el humano haya perfeccionado su órgano visual y pueda percibir los colores en toda su completa gama, gracias a la práctica continuada de la acción de mirar. Dicho planteamiento produjo uno de los errores más repetidos en el estudio del poder de la cultura: en realidad las palabras pueden controlar nuestro entorno.

Deutscher destaca la creación de una historia de la percepción o la sensación del color y de cómo los antropólogos y filólogos, además de científicos evolucionistas, adoptan dicha cuestión como un punto de partida fundamental para comprender cómo percibimos el mundo y la influencia que ello tiene en nuestra lengua. Desde el estudio de los textos antiguos y de las palabras que se refieren a los colores, se determina otro planteamiento fundamental del

pensamiento cultural: si existe una correspondencia real y verdadera entre lo que el ojo humano percibe y las palabras que sirven para describirlo. Dicha tesis, tras la llegada de la teoría evolucionista, se puso en entredicho, considerándose que es en la mente donde se identifican los significantes con los que designará los colores que percibe de la naturaleza.

En esta primera parte también se retoma el debate de las lenguas desprestigiadas y la supuesta superioridad de las lenguas europeas sobre estas. Deutscher inicia su camino crítico exponiendo el hecho de los que han considerado las lenguas occidentales como las más completas y evolucionadas, frente a las lenguas menos evolucionadas como la de los nubios o el birmano: estas últimas, al igual que ocurría con las lenguas clásicas de los textos antiguos, no poseen ciertas palabras para referirse al color azul, por ejemplo; esto se compara con la lengua de los indios klamath de Oregón, que usan la misma palabra para varias plantas diferentes pero que tienen el mismo color o tonalidad de marrón, o con los sioux de Dakota que usan la misma palabra para el azul y el verde.

Deutscher opina que existen puntos de unión entre la antigua cultura griega y las tribus cuya lenguas no se han estudiado desde el punto de vista de la historia de la percepción: los órganos visuales de estas poblaciones

son los mismos que los actuales: lo único que ocurría es que les bastaría con un mismo referente para dos realidades. Los hablantes, por tanto, construyen mediante la lengua diferentes significantes que ayudan a delimitar los matices de los colores de una manera más o menos profunda.

Deutscher considera que es tras las primeras décadas del siglo XX que se ha establecido una historia de la percepción, del estudio consistente del color no solo desde el punto de vista antropológico, sino desde el científico; pero no será hasta las décadas de los sesenta cuando se pueda admitir que existe cierta relación lógica entre los colores y la manera en cómo les asignamos su referente. Se determina, por ejemplo, que los colores del espectro solar son una constante para todas las culturas, solo que son estas las que comienzan a significar unos colores antes que otros.

Tras exponer los puntos principales del universalismo cultural y lingüístico, el autor nos recuerda que la vieja regla de adjudicación de los nombres basada en una ley natural no debe admitirse, pues debemos contemplar también las excepciones. Por otra parte, el estudio riguroso sobre los colores del espectro solar en diferentes culturas nos hace pensar en una posible razón superior coincidente difícil de argumentar. Hace notar que existirá un proceso bioló-

gico de percepción del color en todos los humanos que se manifiesta y describe de manera no siempre igual en todas las lenguas. Desde este debate, Deutscher nos adentra en la segunda parte del libro, donde se plantea la posibilidad de considerar los colores más allá de sí mismos, esto es, desde el fenómeno lumínico o la longitud de onda de cada uno de ellos, o lo que se conoce como la luminosidad frente a la ausencia de luz.

En la segunda parte, “La lengua como prisma” (145-255), se deslindan los límites que nos impone el lenguaje, además de continuar analizando las teorías lingüísticas más destacadas sobre el lenguaje y cómo nombramos el mundo. Así aborda el estudio de Edward Sapir y Whorf sobre las lenguas amerindias y la manera que poseían de organizar los pensamientos e ideas. Posteriormente, nace el concepto de “relatividad lingüística”, por el que la lengua es la que modifica nuestro pensamiento o, más bien, lo limita. El autor de este ensayo desea hacer ver al lector que, salvando las distancias, cabe la posibilidad siguiente: asumir los aciertos de estas teorías lingüísticas, asumir que todas las lenguas tienen límites de expresión, pero también concebir que más allá del puro orden gramatical de cada lengua existe la posibilidad de “maneras de pensar”, por lo que cada aportación teórica, por muy

peregrina que sea, supone un avance para la ciencia del lenguaje.

Si en la primera parte Deutscher se había centrado en el lenguaje y en cómo nombramos los colores que en nuestra cultura aceptamos como básicos, en la segunda parte aborda también la manera que tienen las lenguas de marcar los sistemas de referencia, los puntos cardinales y posiciones de lugar, el sexo y género gramatical en cada cultura.

Ciertamente que todas las cuestiones que recupera y analiza Deutscher son antiguas en la tradición científica lingüística, básicas para el estudiante de estas materias, pero resulta interesante el punto de vista del autor: si bien estos temas suscitan siempre la polémica entre filólogos o antropólogos, así como para el público en general, no podemos perder de vista que los estudios empíricos sobre dichas cuestiones distan mucho de ser la respuesta definitiva. Se podría afirmar que estamos en una fase preliminar de los mismos. Por ejemplo, todos los lingüistas estarán de acuerdo en que existe una necesidad urgente de registrar y estudiar todas las lenguas que están en el mundo, muchas de ellas al borde de su desaparición, y que no sabemos exactamente cómo las relaciones gramaticales de una lengua pueden estar relacionadas con la estructuras sociales en las que los hablantes se desenvuelven.

Para Deutscher la relación entre lenguaje y pensamiento debe ser revisada sobre estudios científicos más rigurosos que los que, hasta la fecha, se han llevado a cabo y que la lingüística debe completar su objeto de estudio y conclusiones en relación con otras disciplinas; eso y que el tiempo pase, que dejemos avanzar a la ciencia. Puede que lo que hoy no comprendamos, mañana sea algo de manual. Si para Deutscher el lenguaje es espejo y prisma a la vez, puede que a largo plazo sea lento para visualizar con luz el entorno en el que nos envolvemos.

Carmen M.^a Sánchez Morillas
 Universidad de Granada
 csanchez11@ugr.es

Fernández Pérez, Milagros, coord.
Lingüística y déficit comunicativos: ¿cómo abordar las disfunciones verbales? Madrid: Síntesis, 2014. 288 pp. (ISBN: 978-84-90770627)

No es frecuente que en España aparezcan trayectorias investigadoras sostenidas y con proyección internacional. Menos aún que estas se produzcan en el ámbito de los estudios lingüísticos. Se oponen a ello varios factores desdichados entre los que habría que mencionar muy desta-

cadamente la excesiva influencia de los patrones formalistas que desde EE.UU. han venido reclamando la exclusividad de la marca científica, con lo que la lingüística suele ser entre nosotros (y en casi toda Europa) una actividad sectaria consistente en reproducir hasta el infinito las fórmulas proclamadas, que no demostradas, para el inglés en la Meca estadounidense. He aquí una consecuencia insospechada de la doble naturaleza de la actividad verbal, a la vez lingüística y metalingüística, a la que se refería De Saussure cuando observaba que la ciencia del lenguaje debe constituir su objeto a medida que avanza: como los libros sagrados no solo están en inglés, sino que versan sobre el inglés, no se concibe otra actividad científica que la de ejemplificar los patrones del inglés, que hemos leído y en los que creemos, mediante la lengua de cada cual. Una segunda consecuencia del aludido sectarismo es que solo se aceptan confirmaciones de la verdad revelada, viéndose con reticencia los aportes que podrían ponerla en cuestión. La tercera consecuencia perniciosa es que los trabajos en equipo, habituales en las ciencias duras, estarían fuera de lugar en lingüística porque en su punto de referencia inexcusable las genialidades, que cambian el paradigma cada pocos años, son imputables –como su nombre indica– a un genio.